



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 19 - N.º 183
MARZO, 1956

Hay hombres y hay países que siempre corren a la deriva de los acontecimientos. La vida y los hechos los hacen, los modelan, los arrastran. Habría que calificarlos de hombres y países pasivos.

Y hay hombres y hay países de los que puede decirse con razón que hacen, que controlan los acontecimientos; que labran conscientemente su porvenir; que hacen la historia. Podríamos llamarlos hombres y países activos.

Se revela en los primeros algo de infantil, de minoría de edad. En los segundos brilla normal la divina centella de la razón, que sabe estudiar y fecundarse con la historia del pasado; vive conscientemente el presente y previene y labra el porvenir. Es una actitud de madurez humana; de mayoría de edad.

En pasados artículos hemos repetido nuestro concepto del momento presente venezolano. Hemos hablado de Venezuela adolescente. Reconozcamos que Venezuela, que asombra por su crecimiento desbordado, por su desarrollo impresionante, ha venido asistiendo en los últimos decenios pasivamente al "milagro petrolero", base de su actual prosperidad económica. Y antes de que pudiera librarse de su asombro y prepararse debidamente para la administración de sus repentinos caudales, queda aturdida con intermitentes visitas —casi mágicas y fabulosas— de la Diosa Fortuna: la revelación de su portentosa riqueza siderúrgica; la promesa de la bauxita... El peligro del deslumbramiento y la tentación de la vanidad y de la prodigalidad fatua, era evidente.

Sin embargo, creemos descubrir indicios evidentes de que el adolescente se abre a la reflexión viril, al examen realista del presente y al estudio reflexivo del porvenir. En este instante de la decisiva encrucijada de la historia de Venezuela queremos aportar modestamente de nuestra parte algunas consideraciones muy simples, pero tal vez fecundas, sobre los derroteros de su porvenir económico y social.

¿Cuál es el destino económico de Venezuela? ¿Cuál es nuestro sino? ¿Somos un país agrícola? ¿Un país minero? ¿Un país destinado a la industria?

Si preguntamos a los viejos hombres de negocios de Venezuela, a los terratenientes y aun a los banqueros, tal vez nos respondan que el porvenir de Venezuela se cimenta en su capacidad agrícola y pecuaria. Añoran los tiempos de la exportación del café y del cacao, de las plumas de garza y aun el pequeño éxodo de carnes a las vecinas Antillas. Y con indudable sinceridad detestan el momento, en que la riqueza milagrera del petróleo conturbó radicalmente la vida económica del país. Hay una íntima persuasión de que poseemos riquísimos valles, montañas fecundas y unas costas, sobre todo el Golfo de Cariaco, de insuperable riqueza pesquera. Se nos añade que la ganadería es la segunda y aun la primera riqueza del país. Para ellos la mágica consigna de sembrar el petróleo, que popularizó Alberto Adriani, aunque originariamente brotó de la pluma de Arturo Uslar Pietri, significa que la salvación de Ve-

**LA INDUSTRIA:
DESTINO
ECONOMICO
DE VENEZUELA**

nezuela está en incrementar la agricultura, la ganadería y la pesca. Hay en todas estas afirmaciones una gran parte de verdad. No solamente porque la riqueza más sólida y perdurable de un país es la agricultura, sino porque nuestra vida actual, dependiente en escala extraordinaria de la importación de productos alimenticios, está en contraste con la capacidad recientemente demostrada de producir, hasta en exceso, maíz, arroz, papas, azúcar y muchos otros productos cuya explotación hizo olvidar la arrolladora entrada de divisas, provocada por la industria petrolera.

Sin embargo, la verdad total es muy otra. La realidad es que la producción agrícola de nuestras montañas resulta escasa para sus habitantes actuales, como lo demuestra el éxodo de los campesinos andinos a Barinas y al Sur del Lago de Maracaibo; que gran parte de nuestro suelo está empobrecido por la erosión; y aun los valles más ricos, debido a la deforestación, la incuria y el sistema pluvial torrentoso, tienen una capa vegetal escasa y un subsuelo salitroso que amenaza —como sucede en Aragua— la relativa fecundidad de su producción actual. Nunca Venezuela podrá competir con la riquísima agricultura de varios países europeos, muy especialmente los llanos de Ucrania; con la fecundidad de la Pampa Argentina de varios metros de tierra vegetal y un régimen pluvial de aguas mansas; y con las grandes y técnicas explotaciones agrícolas de Estados Unidos y Canadá. Nunca Venezuela podrá producir la cantidad de azúcar de que es capaz la afortunada isla de Cuba. Nuestra agricultura no sufrirá la competencia de los mencionados países no solamente en nuestros días, en los que la alta calidad de nuestra moneda nos hace incapaces de exportar productos agrícolas, sino en igualdad de condiciones de moneda y nivel de vida.

En cuanto a su producción agrícola la aspiración mínima de Venezuela debe ser abastecerse a sí misma. Siempre seguirá siendo un prodigio pesquero el Golfo de Cariaco. Los ganaderos de Machiques, San Carlos del Zulia y Carora han demostrado todo lo que puede alcanzar en nuestro suelo ese riquísimo venero de prosperidad nacional. Las vías de comunicación y las obras de riego, como la del Guárico, nos demostrarán que se puede repetir en varias espaciosas regiones del país experiencias tan consoladoras como la de Turén. La Petroquímica fecundará regiones vastísimas y olvidadas en nuestros llanos y en la orilla de los grandes ríos; y una sabia política de reforestación puede convertir en productivas hasta las regiones desérticas de Lara y Falcón. También nosotros concentramos en la agricultura una sólida esperanza para el porvenir; pero queremos dejar sentado que Venezuela nunca será gran potencia económica, al menos única y principalmente, por su agricultura.

¿Estará tal vez nuestro destino en la indiscutible riqueza minera de nuestro subsuelo? Sin duda ninguna que una base de nuestra prosperidad económica estará cimentada en el tesoro inapreciable, regalo de la Providencia, que guarda en sus entrañas nuestra tierra. Somos la segunda potencia productora de petróleo con 2.300.000 barriles de petróleo crudo por día. Se afirma que la riqueza siderúrgica de las montañas de Guayana es comparable a la del petróleo; grandes compañías extranjeras se acercan estos mismos días a la misma Guayana con la esperanza de ricos yacimientos de bauxita; somos respetables productores de oro, diamantes, perlas, azufre, cemento...

Pero el provecho práctico de esa inmensa riqueza minera se duplicará el día en que las materias primas sean transformadas directamente en nuestra misma patria por una poderosa industria nacional.

El destino de Venezuela está precisamente en la creación de esta poderosa industria. Seremos una potencia mundial solamente cuando nuestra extraordinaria riqueza minera se transforme en extraordinaria riqueza industrial.

Para lograrlo cuenta Venezuela con un factor importantísimo, sobre el que se ha disertado escasamente: su capacidad igualmente excepcional de producir energía eléctrica. Hemos vivido personalmente una de las grandes emociones de la vida al contemplar, recientemente, la obra ingente de La Electrificación de los Saltos del Caroní. Contamos, pues, con la materia prima y con la fuerza motriz para elaborarla.

Cualquier espectador inteligente puede advertir en nuestros días la creciente afluencia de los capitales europeos, norteamericanos y aun japoneses por crear industrias en Venezuela. SIC recoge mensualmente en su sección "Vida

Nacional" elocuentes noticias en esta materia. Aparte de los núcleos industriales del petróleo en Monagas, Anzoátegui y el Zulia, vemos surgir en nuestros mismos días la concentración de la Costa de Paraguaná para la refinación del petróleo; la de la Costa de Puerto Cabello para la Petroquímica, la Central Eléctrica, y el Papel de bagazo de caña; la centralización de múltiples pequeñas industrias en Aragua, desde La Victoria hasta Maracay; la expansión creciente de la ciudad industrial de Valencia desde Guacara hasta la Entrada; y la ingente concentración industrial en la confluencia de los ríos Caroní y el Orinoco, con poblaciones en vertiginoso crecimiento, como San Félix, Puerto Ordaz, y Ciudad Piar; con riquísimas minas, como el Pao y Cerro Bolívar; y densos campamentos obreros, como los que preparan la Siderúrgica Nacional y la Electrificación del Caroní y la proyectada factoría de Aluminio.

Conviene añadir a estas reflexiones otra consideración que afecta a la propia agricultura. La explotación agrícola mecanizada a las orillas del Lago Maracaibo, en los Llanos de Bárinas, Portuguesa, Cojedes y próximamente también en el Guárico; la creación de una vasta red nacional de poderosos Centrales Azucareros, demuestra que nuestra modesta agricultura del trapiche y el conuco se transforma en explotación industrial. También en el campo nacerá lentamente un proletariado agrícola, con problemas muy similares al proletariado industrial.

Vamos a cerrar estas reflexiones con una conclusión que juzgamos evidente: el destino de Venezuela está en su industria. Nunca su agricultura superará, a pesar de todos los avances técnicos, una dorada medianía. La riqueza minera, si no alcanza el complemento de la industria, no pasaría de ser un regalo al capitalismo extranjero. Pensemos por lo tanto en el sino industrial de Venezuela y en sus interesantes consecuencias para la vida social y moral de nuestra patria.

Preveamos el futuro: labremos conscientemente nuestro porvenir.

Sembrar el petróleo no significa exclusivamente fomentar nuestra agricultura. Debe significar en la misma medida, fomentar nuestra industria nacional. Igualmente, cuando hablemos de la inmigración no nos limitemos a reclamar brazos para el campo; busquemos en la misma medida los técnicos para nuestra industria; como también los especialistas para la sanidad, los maestros para millones de niños venezolanos sin escuela.

Hoy se defiende muy justamente el alto precio de nuestra moneda porque somos un país preferentemente comprador e importador. Según crezca nuestra industria llegará la hora de la necesaria desvalorización de nuestra moneda para hacer posible el mercado mundial de nuestros productos.

Para el lector de SIC estas reflexiones de carácter puramente económico son doblemente interesantes por su necesariamente repercusión moral y social. El Estado y la Iglesia deben perfeccionar sus cuadros para una Venezuela del futuro —de un futuro no muy lejano— que por fuerza de la naturaleza tendrá un destino industrial.

M. A. E.

